

Sobre: *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*, de Diego Peller. Santiago Buenos Aires: Arcos, 2016.

✉ CRISTIAN RAMÍREZ / Universidad Nacional del Litoral – CONICET / [c.ramirez@conicet.gov.ar](mailto:c.ramirez@conicet.gov.ar)

Si le pedimos a alguien que defina una *pasión*, estamos casi seguros de que su respuesta abordará cuestiones vinculadas al fervor con el que se viven, piensan y sienten aquellos objetos, situaciones o sujetos que la despiertan. Diego Peller en *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta* (2016) se aboca a definir un tipo de pasión: la *pasión por la teoría* de una época, la pasión de un tiempo que trascendió toda delimitación meramente temporal y que es reconocible hasta nuestros días. Afirma: «me propuse rastrear esos instantes de particular intensidad en los que la *pasión teórica* excedía los juegos de posicionamiento en el campo cultural, las batallas ideológicas, los usos con fines de renovación disciplinaria» (12). El tan nombrado «hiperteoricismo» que, para críticos y estudiosos del campo, caracterizó a la década del 70, se le aparece a Peller como el lugar en donde se dirime una pasión *pulsional* que atraviesa el campo crítico y las disputas ideológicas y se imprime en la literatura y en la crítica del período aunque no en forma de «obras de teoría en sentido estricto» (11). Peller hará funcionar esta *pasión teórica* por fuera de cualquier uso categorial destinado sólo a describir un estado de cosas ya dado y la pondrá en movimiento para pensar, problematizar y cuestionar algunas nociones enquistadas dentro del campo crítico cuando se piensan las décadas del 60 y el 70, por ejemplo, en términos dicotómicos. Así, distinguir estas pasiones permite, entre otras cosas, «relacionar un conjunto de textos y géneros (crítica de la crítica, autoexamen ideológico, encuesta a críticos y escritores, debates públicos entre militantes, prólogos) usualmente considerados incomparables» (323). Definir, entonces, las pasiones teóricas, no será instrumentalizarlas en función de debates entre un *ellos* y un *nosotros*, de un programa determinado, o de posiciones ideológicas en el campo sino para iluminar, para echar luz sobre aspectos que han pasados desapercibidos o que, intencionalmente, no han sido puestos en correlación por no considerarse productivos.

El recorrido que Peller propone a modo de cartografía de la crítica comienza con la revista *Contorno*, que es señalada como el antecedente inmediato de la

*pasión por la teoría*. Particularmente, es la figura de Viñas la que se destaca ya que sus postulados y su forma de pensar la crítica serán tomados como los preceptos con los que hay que discutir, ajustar o rendir cuentas para iniciarse en el campo de la crítica. En este sentido, la primera parte titulada *Después de Contorno* se encargará de describir y analizar de qué manera Masotta, *Los Libros*, *Punto de vista* y dos publicaciones más contemporáneas de Schwartzman y Graciela Speranza resuelven este ajuste de cuentas con Viñas. En el caso de Masotta, Peller se detiene en la lectura que este hace de *Un dios cotidiano* (1957) de Viñas «ya que allí puede leerse la confrontación entre dos concepciones antagónicas del sujeto: de un lado la integridad del *intelectual denunciante* (Viñas), del otro, la afirmación de una no coincidencia consigo mismo por parte del *intelectual teórico* (Masotta)» (24). Para el caso de *Los Libros* y *Punto de vista*, la hipótesis de Peller se inclina por afirmar que ambas publicaciones, en sus orígenes, buscaron corregir los excesos, arbitrariedades e ingenuidades metodológicas con las que Viñas enfrentaba a la literatura. En Schwartzman y Speranza, por su parte, busca resonancias estilísticas y posicionamientos que dirimen los ajustes de cuentas con los modos performáticos de Viñas. La segunda parte, *El sujeto de la teoría: Oscar Masotta*, reconoce a Masotta como una de las figuras más emblemáticas del período que la investigación de Peller abarca, y también, se toma un gesto de este como la marca inaugural, el inicio de la *pasión teórica*. Se refiere, precisamente, a un gesto de autoexamen, de autoreflexión, de *prologarse a sí mismo* que Masotta realiza cuando lee *Roberto Arlt, yo mismo* (1965) poniéndose en crisis y desplazándose teóricamente desde el existencialismo sartreano hacia el estructuralismo de Lévi-Strauss y Lacan. En este punto, Peller cuestiona la división tripartita a la que ha sido sometido el recorrido intelectual de Masotta. Según la crítica existirían tres Masotta: uno «sartreano ferviente» y vinculado a *Contorno* (68); otro, participante de las experiencias de vanguardia que proponía el Instituto Di Tella, «desde el análisis semiológico sobre los medios masivos de comunicación hasta las reflexiones teóricas sobre manifestaciones artísticas como el pop-art y los happening» (77); y, por último, un Masotta «que alcanzó notoriedad gracias a su lugar indiscutible como introductor de la teoría y la práctica del psicoanálisis lacaniano» (78). Para cuestionar esta división que pretende catalogar la actividad teórica de Masotta, Peller recurre al libro *Conciencia y estructura* (1968) y desde aquí plantea que, así como el libro no puede encasillarse bajo etiquetas, sino que muestra el vaivén de la producción teórica, la actividad intelectual de Masotta tampoco puede hacerlo en tanto que en sus movimientos está mostrando otra cosa: «el abandono de un campo, en el que el sujeto de enunciación se había consolidado como más o menos legítimo, y su incursión en un territorio nuevo y desconocido» (87). Además, como acción inaugural de la *pasión teórica*, Masotta da cuenta de sí en sus textos y esto se convierte en el problema teórico, el tema y el acto discursivo e institucional que le da unidad a su producción. El señalamiento de las dos características en la producción de Masotta (el gesto *auto* y el pasaje de un campo a otro) funcionarán, desde este segundo capítulo,

como pivote para encarar las producciones que aparecen en las revistas *Los Libros* y *Literal*. Respecto a la primera, el capítulo tres, retoma la distinción entre modernización y radicalización política como una de las características del período que Peller aborda desde la década del 60 tratando de revisar los postulados que sostienen que hay un proyecto inconcluso que se ve interrumpido en la década del 70 a raíz de la politización y la radicalización política que emerge fuertemente. Por este motivo, la década del 60 conformaría un *primer momento* en donde hay una predominancia de una tendencia modernizadora de la crítica y la década del 70 implicaría el *segundo momento* en donde dicha tendencia modernizadora se ve avasallada por la cuestión política. Para Peller, la división no es tan radical en la medida en que hay procesos, prácticas, operaciones y movimientos que ambas décadas comparten y que, además, se retroalimentan. Así, el gesto *auto* que Masotta inaugura en 1965 aparecerá de nuevo en la revisión de las prácticas teóricas que científicos y populistas, modernizadores y revolucionarios hacen en *Los Libros*. Para dicha revisión Peller, siguiendo con sus postulados iniciales cree necesario «poner entre paréntesis las distinciones tajantes (...) para poder notar así rasgos comunes a ambos sectores» (157). La conclusión, luego de una serie de análisis, es que en ambos sectores existen *performances de autoexamen* que no sólo son utilizadas como mecanismos de *control* sobre la crítica y sobre los instrumentos teóricos con los que opera el crítico, sino también como forma para instalar la presencia de un *sujeto crítico*.

Respecto a la segunda revista, *Literal*, el capítulo cuatro parte desde ella pero sólo para pensar la denominada *flexión literal* que «como un espectro, recorre la revista, pero también se deja leer en las páginas de otras publicaciones (...) o desde los libros publicados en esos mismos años por los integrantes más destacados de la revista» (171). Revisando dicho postulado y, a la luz del análisis de manifiestos, textos críticos y teóricos, Peller concluye en que, en realidad, la apuesta máxima en tanto *ficción teórica* no estará en los textos ficcionales (de Gusmán, Lamborghini, García) que hacen de la mezcla su particularidad sino en los textos teóricos. «La ficción de *Literal* es la teoría. Esa es su apuesta fundamental» (179). En términos de *pasión teórica* este capítulo abordará las ficciones teóricas y el *exhibicionismo teórico* como productos de ésta como así también el impacto que generaron en la crítica de la época y posterior.

El quinto y último capítulo, *Los tañidos de la teoría*, se detiene en «ecos o resonancias de ciertas problemáticas que habían resultado cruciales para la crítica teórica setentista» (325) en la crítica posterior, como por ejemplo, las revistas *Punto de vista* y *Babel*, o en la crítica de Beatriz Sarlo y Josefina Ludmer, relecturas contemporáneas de David Viñas, etc. La descripción y el análisis de estos casos tratarán de dar cuenta de cómo aquella *pasión por la teoría* de los 70 ha dejado marcas que son visibles en la crítica posterior y que, atendiéndola junto a las autofiguración del sujeto de la crítica, es posible esbozar líneas de indagación y, quizás, futuros recorridos de investigación. Sostiene Peller: «se podría y se debería hacer la historia de estos retornos más o menos calculados o disruptivos de

los setenta en la cultura argentina de las últimas décadas» (306). Su intención es clara y redondea su idea de observar y detenerse en la *pasión teórica* como el lugar desde el que se cuestiona al *sujeto* como agente y, al mismo tiempo, como objeto, en aquel tiempo y en este, en tanto la *pasión* ha trascendido los 70. Aquella *pasión teórica* llega hasta nuestros días en diferentes formas (o tañidos, dirá el autor) y Peller se encarga de mostrarla desde sus primeros pasos en un trabajo que, por supuesto, no está exento de fervor crítico y, mucho menos, de pasión teórica.